

"Yo soy pobre y desgraciado, pero el Señor se ocupa de mí" (Sal 40,17)

La humilde aceptación de nuestras miserias

**"Que Dios nos ame tan locamente, es lo que nos invita a ser audaces"*****"No me importan tus miserias, lo que quiero es AMOR.
No me importan tus flaquezas, lo que quiero es CONFIANZA"***

(Jesús a Sor Josefa Menéndez. "Un llamamiento al amor")

MIRAR MI VIDA, MIS MISERIAS Y MI BARRO CON LA MIRADA DE DIOS

Hay una distancia abismal ente Dios y nosotros, entre su grandeza y nuestra pequeñez, entre su bondad y nuestro pecado, entre su poder omnipotente y nuestra debilidad, entre su amor infinitamente misericordioso y nuestra miseria... Hay entre Él y nosotros la misma diferencia que existe entre la fuente y el sediento¹.

Ahora bien, la distancia entre lo muy alto de Dios y lo muy bajo nuestro (de nuestra naturaleza tan pobre) es lo que **nos obliga a una aceptación de ella** poco brillante, e incluso a veces puede resultarnos descorazonadora, pero es en realidad **maravillosa**.

Tenemos que aceptar dicha distancia, pues la vida espiritual se funda en lo real, no en lo virtual... Si la persona no está dispuesta a abrazar su dura realidad con sus grandezas, pero también con sus errores y sus pobreza, no despegará nunca. Dios no transforma almas virtuales, se ocupa de las almas reales. **La materia de nuestra santidad es mi yo real y no el soñado.**

No basta con hacer el recuento de nuestras imperfecciones, **es preciso aceptarlas serenamente**, lo cual no es pequeña cosa. La no aceptación de mi yo real puede ser origen de muchas rigideces interiores que van a bloquear literalmente la irrupción del amor de Dios (actúan a modo de mecanismos de defensa, bloqueadores).

Es preciso conocer nuestro "cuadro clínico" espiritual y moral. (Cómo estoy de susceptibilidad, de tendencia a auto justificarme o a la reacciona airada u orgullosa, de pequeños complejos en el trato con los demás, de volubilidad del carácter, de estabilidad emocional, de tendencia al perfeccionismo o al rigorismo, o al voluntarismo...).

Todas estas limitaciones temperamentales o de salud, todas estas pruebas interiores y melancolías... no facilitan en principio el ejercicio de la virtud o, al menos, crean la impresión muy grande de no alcanzar nada.

¹ **"No manan con la misma abundancia el que ama y el que es el Amor por esencia**, el alma y el Verbo, la esposa y el Esposo, el Creador y la criatura; hay la misma disparidad entre ellos que entre el sediento y la fuente" (San Bernardo).

**"Cuando un hombre descubre sus faltas,
Dios las cubre. Cuando un hombre las
esconde, Dios las descubre. Cuando un
hombre las reconoce, Dios las olvida"**

— San Agustín

¿Qué hacer ante tantos posibles obstáculos de la naturaleza?

Podemos resignarnos o tal vez, a veces, desesperarnos. O tal vez ir tirando, aceptando la mediocridad... O **podemos maravillarnos del poder de la gracia divina y del Corazón de un Dios atraído por la pequeñez**, descubriendo, incluso, que nuestra pequeñez ¡es una suerte! Si nuestros límites, con su cortejo de miserias, son plenamente acogidos, el obstáculo se puede convertir en trampolín, en imán capaz de atraer literalmente la gracia de Dios.

Para ello tenemos que posicionarnos bien, y mirar nuestras miserias como las ve Dios. *"El hombre mira a los ojos, pero Dios mira el corazón"* (1 Sam 16,7).

1º. Aceptar nuestras miserias

Hay dos soluciones: vivir en lo irreal, soñando ser lo que no existe, o **reconocer y aceptar con toda verdad y sencillez lo que somos**: mucha miseria, mucha pobreza y también heridas... Entonces será cuando Dios actúe por su Espíritu y nos transfigure...

Ahora bien, acoger no quiere decir ser cómplices del mal. No suavicemos ni justifiquemos el mal. Y menos lo llamemos bien.

Todo con verdad y con paz, sabiendo que hay muchas cosas en nosotros que no podremos cambiar.

"Señor, enséñame a discernir las cosas que puedo cambiar de las que no puedo cambiar. Dame el valor de cambiar las primeras y dame también la fuerza para aceptar las segundas" (San Francisco de Sales).

Tendremos quizá que **aceptar con humildad que algunas miserias permanezcan durante mucho tiempo** (Francisco de Sales dijo que nuestro amor propio morirá un cuarto de hora después de nosotros).

Es muy bueno leer nuestro pasado **con la fuerza del perdón y del amor**. Es extraordinariamente liberador. (El sicologismo tiene sus riesgos, y muchas limitaciones).

El nivel verdaderamente liberador llega cuando el alma cesa de replegarse sobre sí misma, en sus heridas, en su pasado, y toma en sus manos con toda decisión, su historia lesionada para **transformarla en ofrenda...** "De ahora en adelante lo haré todo ¡pero con Dios!"

La oblación tiene un extraordinario poder unificante, liberador y pacificador.

2º. No desanimarme ni compararme

Es una gracia que hay que pedir. Que el Señor nos libre de las envidias, de los celos, de los resentimientos enquistados... Es una enorme liberación.

No hay dos almas iguales, y Dios no quiere que lo sean. **Cada alma es un proyecto único de santidad**. Por eso jamás compararme.

Y pedir la humildad (*"Alegrarme de que los demás avancen más y sean más reconocidos con tal de que yo me esfuerce en agradar en todo al Señor"*). Letanías de la humildad). *"Caminemos por estos bajos valles de humildes y pequeñas virtudes"* (San Francisco de Sales a Chantal)

Y el buen humor consigo mismo. Por eso no tomarnos demasiado en serio, ni dar mucha importancia a lo que nos pasa (no ser aprensivos con la salud, los achaques, los años...)

3º. Vivir bajo la mirada de Dios

Que pensemos en el juicio de Dios, y no en el de los hombres. *"Yo soy el Señor. Camina en mi presencia y sé perfecto"* dijo Dios a Abraham (Gen 17,1).

Hoy somos esclavos del “qué dirán”. Es muy necesaria esta liberación, pues solo el amor de Dios eleva y transforma a la criatura.

San Juan de la Cruz dice: *“Es de saber que la afición y asimiento que el alma tiene a la criatura iguala a la misma alma con la criatura, y cuanto mayor es la afición, tanto más la iguala y hace semejante, porque el amor hace semejanza entre lo que ama y es amado. ... Y así, el que ama criatura, tan bajo se queda como aquella criatura, y, en alguna manera, más bajo; porque el amor no sólo iguala, mas aun sujeta al amante a lo que ama. Y de aquí es que, por el mismo caso que el alma ama algo, se hace incapaz de la pura unión de Dios y su transformación...”* (SMC 1, 4, 3).

Que es lo mismo que vive santa Teresita: *“Con un corazón como el mío me hubiese dejado prender y cortar las alas. ¿Cómo puede unirse íntimamente con Dios un corazón entregado al afecto de las criaturas? Siento que esto no es posible”*

El mundo, en consecuencia, juzga con criterios de mundo. También nosotros debemos juzgar y juzgarnos como lo hace el Señor (no conocemos las intenciones profundas, las motivaciones reales, las circunstancias personales...)

Cuenta Celina de su hermana Teresa: *“Frecuentemente me decía que **debemos juzgar a los otros con caridad**, pues lo que parece muy a menudo una negligencia a nuestros ojos puede ser heroísmo a los ojos de Dios. Una persona cansada, con dolor de cabeza o que sufre en su alma, hace más cumpliendo la mitad de su trabajo que otra, sana de cuerpo y de espíritu, que lo haga todo completo. **Nuestro juicio debe ser siempre favorable al prójimo”***

4º. Dios se sirve de nuestras pobreza. No sólo aceptarlas, sino amarlas

Ya se ha dicho que para poder ser transformados por la gracia la primera condición es aceptar la realidad de nuestro ser limitado y con frecuencia herido.

Pero hay que ir aún más allá: **debemos llegar a amar nuestra pobreza** que tanto queremos descartar.

Nuestras pobreza no asustan a Dios, ni le hacen huir de nosotros, al contrario **atraen su amor hacia nosotros**. Más aún, en su divino poder, es capaz de **servirse de ellas para nuestro mayor bien**: el de conducirnos, por ellas, al **abandono y a la humildad** (virtud de las virtudes, clave de toda santidad).

Esta pedagogía de Dios es desconcertante: lo que nosotros vemos espontáneamente como un obstáculo para nuestra santificación, **Dios lo ve como un medio**.

Cuando el alma descubre esta sabiduría celestial, se activa en ella una velocidad superior: entra en el punto de vista divino.

Es el **gran descubrimiento** del alma: lo que consideraba un obstáculo (mi miseria, mi pecado, mi nada, mis manos vacías...) son el gran atractivo del amor de Dios.

Él quiere “descargar” su amor en el vacío de mi miseria.

ACEPTAR SER DÉBIL

Frases de Santa Teresa del Niño Jesús

- *“Es necesario **aceptar ser siempre pobres y sin fuerzas**, y eso es precisamente lo difícil”.*
- *“Celina, ¿quisiéramos no caer nunca? ¡Qué importa, Jesús mío, que yo caiga a cada instante! **En ello veo mi debilidad**, y eso constituye para mí una gran ganancia”.*

- *"Cada día que pasa soy más torpe, y eso que pronto hará ya nueve años que estoy en la casa del Señor. Debería estar, pues, ya muy avanzada en los caminos de la perfección, pero estoy todavía al pie de la escalera. Eso no me desalienta".*
- (A una monja que se entristecía por sus faltas) *"¡Así que quieres salirte del caminito! La tristeza que abate viene del amor propio; cuando es sobrenatural levanta el coraje. Cuando estamos orgullosos de ser débiles y miserables porque lo reconocemos humildemente, esperándolo todo gratuitamente del buen Dios, sin ningún mérito de vuestra parte, entonces **Él más se abaja hacia nosotros para llenarnos de sus dones con magnificencia**"*

AMOR QUE ACEPTA LA REALIDAD DEL AMADO

(De una carta de San Juan de Ávila)

«...no perdáis vuestra paz y paciencia si os veis caída, pues **tal cual sois os ama el Señor (...)** Quiere que os arriméis a Él y os gocéis en Él, y que pongáis vuestras llagas en las suyas, para que quedéis sana y consolada, por recias y sensibles que sean las vuestras»

"Hasta cuándo habéis de andar escarbando tanto como escarbáis en vuestro muladar, que no sacaréis sino cieno y de mal olor? Acabad ya de creer que no por vos, sino por Jesús crucificado, habéis de ser sana y amada. Y no os desmayéis tanto por vuestras faltas, pues por los frutos que de ello sacáis podéis ver que no agradáis al Señor con ello. Mejor será tener un corazón varonil y esforzado mirando al bien que por Jesucristo habéis recibido y tenéis. **Doleos de vuestros pecados y vivid con cuidado de no le ofender, mas no perdáis vuestra paz y paciencia si os veis caída, pues os he dicho muchas veces que tal cual sois os ama Dios.**

Contentaos con ser amada por su bondad, aunque por vos no merezcáis ser amada. **Si una esposa parece muy hermosa a su esposo porque él la mira con ojos de mucho amor, ¿qué importa que ella no sea tan hermosa, pues lo es a los ojos de su esposo?**

Si solo os miráis a vos, daros ha asco de vos, y desmayaréis viendo tanta miseria. Mas ¿qué os falta, pues tenéis en el cielo quien os ama, y a cuyos ojos parecéis bien, porque os mira por los agujeros de sus llagas que por vos padeció, y por las cuales os dio su gracia, y suple vuestras faltas, y os sana y hermosea? Descansad, pues ya sois sierva del Crucificado, y olvidad las turbaciones pasadas como si pasado no hubieran; que de parte del mismo Señor os digo, como otras veces os he dicho, que **Él lo quiere así.**

Corred de aquí adelante vuestra carrera con ligereza, como quien ha echado de sí una carga pesada que lo impedía; que, aunque enseguida no venga la serenidad deseada, no os fatiguéis, que a las veces se camina más con tempestad que con buen tiempo y se merece más con la guerra que con la paz.

El que os redimió os regirá como conviene para ser salva. Fiaos de Él, pues tantas razones tenéis para ello; y **lo que escarbáis en vuestra miseria, escardadlo en su misericordia,** y sacaréis de ello más provecho que de lo primero. Ésta os cobije con su dulcedumbre eterna, como yo lo deseo, y suplico, y espero, pues para eso os llamó.